

la; y la encuentran sentada de la manera más honesta, absorta en la lectura del sagrado libro, y á su lado un jóven, de pié, de una belleza nunca vista, que esparcía una luz inefable que consolaba á los corazones piadosos y lanzaba de sus ojos rayos que llenaban de terror á los malvados (1); y la turba de los paganos, admirada y atónita, exclamaba: «¡Oh, cuán grande es el Dios de los cristianos! No hay ningun Dios grande fuera de Él» (2).

Á propósito de los prodigios por los que esta heroica virgen, lo mismo que Santa Ines, Santa Lucía y Santa Sabina, conservó sin mancha el lirio de su pureza en medio de los más formidables peligros, dice Cornelio à Lapide: «Es una cosa muy admirable y muy digna de notarse en la vida y en el martirio de nuestras santas virgenes, que un gran número de jóvenes de la más extraordinaria belleza fuesen solicitadas por los más impuros tiranos, y provocadas al mal por medio de promesas, de amenazas y de violencia; que muchas veces fuesen condenadas por un juicio público á ser deshonradas; y que, sin embargo, no se lea que una siquiera de ellas fuese violada jamas; sino que, por el contrario, se vea que todas ellas conservaron su virginidad por la proteccion de Dios y de los ángeles, realizando de esta manera la gloria de su martirio» (3). San Basilio habia hecho la misma observacion. (*De vera virginit.*)

(1) «A fuit angelus, qui primum juvenem procacem, ad eam ingredi volentem, morte, secundum cæcitate, alios aliis poenis mulctavit; ita ut nemo amplius ad eam ingredi auderet; sed libidine irreverentiam versa, cum plures religione tacti, locum intrassent, viderunt Theophilam honeste sedentem et libro incubentem; adolescentem quemdam prope eam stantem, luce ineffabili, pulchritudine incredibili, veluti quædam fulminis tela emitentem oculis.»

(2) «Attonitis gentilibus et exclamantibus: Quid est sicut christianorum Deus!» (Surius, *in Vita.*)

(3) «Mirum hoc et notatu dignum in vita et martyrio SS. virginum, quod cum pulcherrimas virgines, ab impurissimis tyrannis, promissis, metu et vi ad stuprum sollicitatas, imo publico judicio damnatas, sæpissime legamus, nullam tamen violatam, sed omnes, Deo et angelis tutoribus, virginitatem conservasse, à Deoque auxisse martyrio conspiciamus.» (A Lap., *in 1, ad Cor.*, VII.)

§ XII. — Otro ejemplo de la proteccion divina en favor de la integridad de las santas mujeres. — Martirio de San Didimo y de Santa Teodora, referido por San Ambrosio; obra maestra de elocuencia y de gracia. — Drama patético entre estos dos héroes cristianos, poniéndose el soldado los vestidos de la virgen, y la virgen los del soldado, y disputándose los dos la muerte. — Santa Catalina convirtiendo á los filósofos. — Prodigio de su ciencia y gloria de su martirio.

Ved aquí, finalmente, otro prodigio de un género nuevo, que Dios obró con el mismo objeto: hablo del heroísmo que inspiró á un jóven soldado cristiano, de dar su vida por salvar el pudor de una virgen cristiana. El soldado se llamaba Didimo y la virgen Teodora. Este patético drama sucedió en Alejandria. Las *Actas de los mártires* lo refieren; San Ambrosio fué panegirista de él, y este panegirico del orador cristiano es superior á las obras maestras de elegancia y de gracia de la elocuencia pagana. Nosotros tomaremos de él y de ellas los colores para pintar este interesante cuadro. «Existia, dice San Ambrosio, una virgen, que se ocultaba siempre de la vista de los hombres; pero cuanto más trataba ella de evitar sus miradas, tanto más se inflamaban sus corazones; la belleza que se oye celebrar y que no se ve se busca con más ahinco. Para no alimentar por más tiempo la pasion de sus pretendientes con la esperanza de poseerla, les hizo saber que acababa de contraer con Dios la obligacion de vivir en perpétua virginidad. Esta resolucion llenó de furor á aquellos malvados; dejando de amarla, la denunciaron como cristiana y la hicieron objeto de la persecucion. Ella no huye; ella se prepara al combate, y sólo le aflige el peligro de su pudor; en cuanto á la muerte, Teodora es tan religiosa, que no la teme, y tan pura, que la llama con todo su corazon» (1).

La presentan ante el propretor Próculo, y comienza el interrogatorio de esta manera: «¿Cuál es tu condicion? — Yo soy cris-

(1) «Virgo fuit fugitans publicos visus; sed quo magis virorum evitabat oculos, eo amplius incendebat. Pulchritudo enim audita, nec visa, plus desideratur. Itaque sancta virgo, ne diutius alerentur cupiditate, spe potiendi, integritatem pudoris professa, sit restinxit improborum faces, ut non jam amaretur, sed proderetur. Ecce igitur persecutio. Puella, fugere nescia, corde pavida, ne in insidiatores pudoris insideret, animum ad virtutem paravit: tam religiosa, ut mortem non timeret; tam pudica, ut etiam expectaret.» (Ambros., *De virginibus.*)

tiana (palabras sublimes, exclama en este lugar M. Caperfigo, que prueban que en esta ley no hay señor ni esclavo).—Yo te pregunto por tu condicion; ¿eres esclava ó ingénuo?—Ya te he dicho que soy cristiana » (1). El juez manda llamar al procurador de la ciudad y le pregunta: «¿Quién es esta jóven?—Esta jóven se llama Teodora, y su nacimiento es ilustre.» El juez continúa diciendo: «Supuesto que eres de un nacimiento ilustre, ¿por qué rehusas casarte?—Yo he prometido á Jesucristo mi virginidad (2).—No insistas en esa locura, y sacrifica á los dioses inmortales, á Isis, la protectora de esta ciudad y de todo el Egipto.—Yo no haré eso en manera alguna.—Entónces serás conducida á la prision.—Eso no me intimida.....» Y diciendo esto, es conducida á la cárcel pública.

En fin, el dia de la corona llega, y la sala del tribunal es invadida por una turba, curiosa de ver el resultado de esta lucha entre la supersticion armada con el poder y una jóven virgen tan distinguida por su nobleza, su belleza y su virtud, y que acababa de provocar un doble combate en favor de la religion, al despreciar los ídolos, y en favor de la virginidad, al rehusar el matrimonio (3). Desde luégo conocen que la jóven atleta tiene tanto valor para morir, como temor de ser deshonrada, y que las miradas insolentes de los hombres le causan más temor que todos los tormentos. Así, pues, con la esperanza de que ella sacrificaría su religion al deseo ardiente de conservarse intacta, le dan á elegir una de estas dos cosas: ó sacrificar á los ídolos, ó ser expuesta en un lugar infame para ser allí violada. En esto se conoce cuál es el culto que tributan á sus dioses los que recurren á tales medios para vengarlos, y cuáles deben ser las costumbres de los que pronuncian tales sentencias (4).

(1) «Cujus conditionis es?—Christiana sum.—Ancila, aut ingenua?—Jam tibi dixi: Christiana sum.» (*Act. Didym et Theod.*)

(2) «Quare, ingenua cum sis, nubere nuluisti?—Propter Christum.» (*Ibid.*)

(3) «Venit coronæ dies. Maxima omnium spectatio. Producitur puella, duplex professa certamen, et castitatis et religionis.» (S. Ambros.)

(4) «Ubi viderunt constantiam professionis, metum pudoris, paratam ad cruciatum, erubescens ad aspectum, recogitare ceperunt quemadmodum, specie castitatis, religionem tollerent. Aut sacrificari ergo virginem aut in lupanari exponi juvent. Quomodo deos suos colunt, qui sic vindicant! Aut quemadmodum ipsi vivunt, qui ita judicant.» (S. Ambros.)

Al oír esta infame sentencia, la santa jóven no desmaya. «Me encuentro, dice ella, en la alternativa cruel de perder la fe ó perder la integridad; pero me acuerdo que Judith, porque tuvo confianza en Dios, consiguió salvar su patria sin perder su pudor. Pues bien, yo haré lo mismo, y tal vez tendré la dicha de conservar la castidad y de permanecer fiel á la religion » (1).

Aquí mi discurso comienza á ruborizarse, y no osa continuar una relacion de hechos criminales y vergonzosos. Cerrad, pues, vuestros castos oídos, vírgenes del Señor, para no oír que una virgen del Señor es llevada á un lugar de prostitucion. Pero ¿qué digo?... Por el contrario, abrid vuestros oídos, vírgenes sagradas, para oír que una virgen de Jesucristo puede ser expuesta en un lugar de deshonra, pero no puede ser deshonrada. Donde está la virgen de Dios, está el templo de Dios; y léjos de que los lugares más impuros puedan manchar la santa castidad, esta castidad quita la afrenta de los lugares más impuros (2).

Los libertinos acuden en tropel. La paloma está encerrada en la casa, y los buitres vuelan al rededor de ella, viendo cuál podia ser el primero en apoderarse de la presa. Entre tanto la jóven, como si se encontrase en la casa de la oracion, y no en el lugar del crimen, eleva sus manos puras al cielo y dice: «Señor Jesucristo, Vos, que impedisteis á los leones feroces que desgarrasen el cuerpo de una virgen (Santa Tecla), podeis domar tambien los instintos, todavía más feroces, de esos hombres. En otro tiempo el fuego se convirtió en un rocío para los caldeos encerrados en el horno de Babilonia, y el agua del mar se quedó suspensa como una montaña para dejar pasar á los judíos. Aquellos fueron más bien prodigios de vuestra misericordia que fenómenos de la Naturaleza. Sed, pues, misericordioso tambien conmigo, y haced de modo que yo salga virgen de este lugar, donde me han encerrado para ser deshonrada, á fin

(1) «Hic puella ipsa secum: Hodie, aut martyr, aut virgo.... sed Judith, quæ se religioni commisit, et pudorem servabit et patriam; fortassis et nos, servando religionem, servabimus etiam castitatem.» (S. Ambros.)

(2) «Jam dudum verecundatur oratio mea; et quasi adire criminosam gestorum seriem atque splanare formidat. Claudite aurem, virgines; ducitur puella ad lupanar.... Sed aperite aurem virgines; Christi virgo exponi potest, violari non potest. Ubi cumque virgo Dei est, templum est Dei; nec turpia loca infamant castitatem, sed castitas etiam loci abolet infamiam.» (*Ibid.*)

de que en el día de hoy sea reconocido también vuestro poder y sea bendito vuestro nombre» (1).

»Apénas habia acabado Teodora esta oracion, cuando un hombre, tanto más temible cuanto que era un soldado, entra como por asalto en su prision, y la tierna vírgen tiembla de espanto, se cubre con sus últimos vestidos y se hiela de terror (2). Mas el soldado, con el acento más dulce y más respetuoso, le dice: «Hermana mía, no temas (3); yo no soy lo que aparezco. Aun cuando en el exterior soy un lobo, interiormente soy un cordero (4). Como tu hermano que soy en la fe de Jesucristo, he venido aquí para salvarte, no para perderte, y para que tú me salves salvándote á tí misma; porque tú puedes hacer que yo, que he aparentado entrar aquí con intenciones criminales, salga con la corona del martirio. Cambiemos de vestidos. Vírgen heroica, mis vestidos de soldado convienen tan bien á tu valor como tus vestidos de vírgen convienen á la pureza de mis designios, y los unos y los otros convienen á los discípulos de Jesucristo. Tus vestidos harán de mí un verdadero soldado de la fe, y los míos conservarán en tí una vírgen á la Iglesia. Apresúrate, pues, hermana, á ponerte mis vestidos, á propósito para ocultar en tí á la mujer, y dame los tuyos, á propósito para consagrar en mí un martir. No temas que falte cosa alguna á nuestro sacrificio. En mi persona voy á ofrecer á Dios la hostia que le estaba preparada en la tuya, y tú vas á reemplazarme en mi oficio de soldado de Jesucristo.» ¡Oh! ¡Cuán bello espectáculo presentaba en tónces aquel lugar infame, en el que dos cristianos se disputaban la palma del martirio! (5).

(1) «Fit ingens petulantium concursus. Clausa est intus columba, strepunt accipitres foris. Certant singuli, quis primus prædam invadat. At illa, quasi ad domum venisset orationis, non ad turpitudinis diversorium, manibus ad cælum levatis: Christe, inquit, qui domuisti virgini feros leones, potes etiam domare hominum feros mentes, Chaldæis roravit ignis; Judæis seunda suspendit, tua misericordia, non sua natura. Benedicatur et nunc nomen tuum; et quæ violanda veni, virgo discedam.» (S. Ambros.)

(2) «Vix præcem impleverat, et ecce vir, militis specie terribilis, irrupit. Quemadmodum virgo tremuit!» (Ibid.)

(3) «Cui miles: Ne, quæso, paveas, soror.» (Ibid.)

(4) «Nom sum quem vides; foris sum lupus, intrinsecus sum autem agnus.» (Act.)

(5) «Frater huc veni salvare animam, non perdere. Serva me, ut ipsa serveris. Inverecundus ingresus sum; si vis, martyr egrediar. Vestimenta mute-

Habiendo trocado sus vestiduras, la jóven sale desapercibida, y escapa del peligro bajo las insignias militares de un soldado; y (cosa nunca vista) de un lugar de prostitucion sale una vírgen, pero una vírgen de Jesucristo (1), miéntras que el soldado queda allí vestido de mujer.

«¿Qué es lo que ha sucedido? exclamó el primero que entró despues de haber salido la vírgen. Aquí habian encerrado á una jóven, y no hay más que un hombre. Yo habia oido, sin quererlo creer, que el Dios de los cristianos habia convertido el agua en vino, y ¡ahora principia á cambiar los sexos! ¡Vámonos pronto, ántes que dejemos de ser hombres y nos convirtamos en mujeres!» (2).

Se adivina el enigma, y Dímico, conducido ante el pretor, es interrogado de este modo: «¿Quién te movió á salvar á aquella jóven?—Dios me llevó allí y me inspiró lo que hice.—¿Dónde está Teodora?—¡Por Jesucristo, lo ignoro! Sólo sé de cierto que, como ella es sierva de Dios, Dios ha querido por este medio conservarla intacta» (3). En virtud de esta declaracion, fué él preso por la vírgen y condenado en su lugar. Tal corona era debida á tal vencedor. Así, pues, del lugar de la infamia salió, no sólo una vírgen, sino también un mártir (4).

Ya iban á ejecutar á Dídimos, cuando Teodora se presentó en el lugar del suplicio, donde los dos se disputaron la muerte. Dídimos decía: «Tú nada tienes que hacer aquí; á mí es á quien se ha mandado matar. La sentencia que me condena te absuelve y te pone en

mus. Conveniunt mihi tua, et mea tibi: utraque Christo. Tua vestis me verum militem faciat, mea te virginem. Sume habitum qui abscondat feminam; trade, qui consecret martyrem.... ne vereare ne quid pereat sacrificio. Ego pro te hostiam Deo reddo, tu pro me militem Christo. Quæ pompa illa, quæ gratia, cum, in turpi loco, de martyrio decertarent!» (Ibid.)

(1) «Quid plura, mutatu habitu, evorat virgo de laqueo; et, quod nulla viderunt sæcula, egreditur de lupanari virgo, sed Christi.» (S. Ambros.)

(2) «Quid est hoc? Puella ingressa est, vir videtur. Audieram, et non crederam, quod aquam Christus in vinum convertit, jam mutare coepit et sexus. Recedamus hinc, dum adhuc, qui fuimus, sumus.» (Ibid.)

(3) «Quis te submitit ut salves?—Deus me misit.—Ubi est Theodora?—Per Christum, nescio. Certus sum quoniam est ancilla Dei; Deus autem custodivit eam immaculatam.» (Act.)

(4) «Inditio rei, quia debebatur tanto corona victori, miles damnatus ex pro virgine, qui pro virgine comprehensus est, Ita de turpi loco non solum virgo, sed etiam martyr exivit.» (S. Ambros.)

libertad (1).—No, exclamó Teodora; cuando yo consentí que ocupases mi lugar, fué para salvar mi pudor, pero no para hacerte sufrir mi muerte. Si no se pide más que sangre, no tengo necesidad de que nadie salga fiador por mí; yo tengo con qué pagar. Esta sentencia de muerte, que ha sido pronunciada contra mí, no se refiere á nadie sino á mí; mis miembros, que huían de la deshonra, son aptos para la muerte. Yo he querido evitar la afrenta, pero no huir del martirio. Yo no te cedí más que mis vestidos; yo no renuncié á mi profesion. Si quieres salvarme de la muerte, me habrás engañado, mas no me habrás rescatado..... Pero los dos podemos satisfacer nuestro deseo, con tal que consientas que yo muera primero. Si tú quedas vivo despues que yo, nada tienes que temer más que la muerte; pero si yo quedo viva despues que tú, tengo que temer tambien por mi pudor. Mucho más glorioso será para tí hacer una mártir de una vírgen en peligro, que dejar en peligro una vírgen dispuesta á sufrir el martirio» (2).

Esta bella exhortacion de la jóven heroína conmueve á Dídimo, y consiente que ella sea inmolada la primera. Fueron dos á combatir, pero no hubo más que una sola victoria. Las dos coronas no se dividieron, sino que la una se añadió á la otra en la misma confesion. Ved aquí cómo estos santos mártires se auxiliaron mutuamente, cómo acabó el uno de ellos esta gloriosa confesion, que habia comenzado el otro (3).

Los gimnasios de los filósofos axaltan á Damon y á Pitias, y cier-

(1) «Fertur puella ad locum supplicii cucurrisset; certasse ambo de nece; cum ille diceret: Ego sum jussus occidi. Te absolvit sententia, quando me tenuit.» (S. Ambros.)

(2) «At illa clamare cepit: Non ego te mortis vadem elegi; sed jacturam pudoris expavi. Si sanguis exposcitur, fidei jusorem non desidero, habeo unde solvam. In me lata est sententia, quæ pro me lata est..... Sufficiunt membra morti, quæ pavébant injuriæ. Ego opprobrium declinavi, non martyrium. Tibi cese vestem, non professionem mutavi. Quod si mihi præripis mortem, non redimisti me, sed circumvenisti..... Possumus uterque sententiæ satisfacere, si me prius patiaris occidi. In te non habent aliam quam exerceant penam; in virgine obnoxius pudor est. Itaque gloriosior eris si videaris de virgine periclitante martyrem fecisse, quam de martyre periclitantem virginem reddidisse.» (*Ibid.*)

(3) «Duo contenderunt, et ambo vicerunt. Nec divisa corona, sed addita. Ita sancti martyres, sibi beneficia conferentes, altera principium martyrio dedit, alter effectum.» (*Ibid.*)

tamente la confianza de aquél y el afecto de éste son admirables. Pero la gloria de estos dos amigos no puede compararse á la de nuestros dos mártires. Aquellos eran hombres los dos, y uno de éstos es una jóven, que ha debido ante todo triunfar de la flaqueza de su sexo. Allí el rey perdonó, y aquí los tiranos se irritaron. Allí uno de los dos debia morir necesariamente, supuesto que habia sido condenado por un crimen, y aquí la voluntad de los dos héroes es perfectamente libre. Aquellos disputaban por amistad, y éstos disputan por la corona del martirio. Aquellos fueron héroes de los hombres, y éstos son héroes de Dios (1).

Finalmente, Dios se dignó manifestar su poder por la inferioridad y la flaqueza del *sexo devoto*, áun en el orden intelectual, para que conociesen todos que la vírgen que el Cristianismo forma é inspira no es extraña á ninguna especie de gloria. Santa Catalina, ilustre vírgen y mártir de la sábia ciudad de Alejandria, es un ejemplo de esto. Cristiana desde su infancia, no habiéndole impedido su fervor en la fe aplicarse desde la más tierna edad al estudio de las ciencias y de la literatura, hizo en ellas tan admirables progresos, que á los diez y nueve años eclipsaba ya por su doctrina á los hombres más sabios, así como por su santidad á los hombres más santos (2). En aquel tiempo Maximino perseguia á los cristianos en Egipto de la manera más bárbara, miéntras que Severo hacia otro tanto en Roma y en el resto del Imperio. Todo tiembla, todo se humilla ante la voluntad sanguinaria del tirano, y nadie se atreve á alzar la voz en favor de la Iglesia perseguida. Pues bien, lo que ningún hombre se atrevió á hacer, lo hizo una mujer, lo hizo una vírgen, lo hizo Catalina. Yendo en busca del Emperador, le echa en cara con la mayor libertad su horrible ferocidad contra los cristianos, y le prueba con los más fuertes argumentos la verdad del Cris-

(1) Philosophorum gymnasia Damonem et Pythiam in cœlum ferunt. Utrumque præclarum; alter mortis vadem invenit, alter se obtulit. Digna laude, sed minora nostris. Nam illic ambo viri; hic una virgo, quæ primo etiam sexum vinceret. Illic amici, isti incogniti. Ille pepercit; isti occiderunt. Inter illos, in uno hocerocia necessitas, in his amborum voluntas liberat. Illis studii sui finis amicitiae gratia; istis corona martyrii. Illi enim certaverunt hominibus; isti Deo.» (S. Ambros.)

(2) «A prima ætate studia liberalium artium cum fidei ardore conjungens, brevi, ad eam sanctitatis et doctrinæ perfectionem pervenit, ut decem et octo annos nata, eruditissimum quemque superaret.» (*Brev. Rom.*)

tianismo y la necesidad de abrazarlo y de seguirlo para obtener la salvacion (1). Admirado Maximino, tanto de la doctrina y de la sabiduría de la jóven, como de su valor, habiéndola retenido en su palacio, convoca de todas partes á todos los sabios, á todos los filósofos de la famosa escuela de Alejandría, y les manda que disputen con Catalina acerca de la religion, prometiéndoles grandes premios si conseguian refutar sus argumentos y atraerla de la profesion de la fe cristiana al culto de los ídolos (2). Así se hace en efecto; pero resulta todo lo contrario. Léjos de que aquellos grandes filósofos pudiesen confundir y atraer á la jóven al paganismo, la jóven los confundió y los atrajo al Cristianismo; y lo que es todavía más admirable, la mayor parte de aquellos sabios, no sólo se rindieron á la fuerza de las razones de Catalina, sino que adquirieron tanto respeto á la religion cristiana y tanto amor á Jesucristo, que habiendo ido allí para contradecirla, se convirtieron en confesores y se hicieron mártires de ella (3). Furioso Maximino de la pública derrota que el culto de los ídolos acababa de recibir por una mujer, se enfureció contra ella, y no hubo tormento alguno que no le hiciese sufrir: los azotes, el potro, las uñas de hierro, la rueda de agudas puntas, y finalmente la espada, todo fué empleado contra ella para desgarrar sus carnes virginales y para vengar con su muerte al paganismo aterrado. Pero estos rasgos de crueldad no hicieron más que aumentar la vergüenza y la pérdida de aquella pretendida religion. Maximino tuvo el disgusto de ver que la doctrina y la constancia de Catalina habian hecho ciertas conversiones, aún en su mismo palacio, en su misma familia. Habiendo ido á visitar á Catalina á su prision la misma esposa de Maximino y Porfirio, jefe del ejército imperial, fueron convertidos al Cristianismo por su predicacion, y confesando á Jesucristo, recibieron tambien con ella

(1) «Non dubitanter Maximinium adiit, eique nefariam immanitatem obijciens, sapientissimis rationibus Christi fidem ad salutem necessariam esse affirmavit.»

(2) «Cujus prudentiam Maximinus admiratus retineri eam jubet, arcesitis undique sapientissimis hominibus magnisque propositis præmiis qui convictam Catherinam á Christi fide ad idolorum cultum perduxissent.»

(3) «Quod contra accidit: nam plures philosophi qui ad eam coarguendam convenerant, vi ac sutilitate ejus disputationis, tanto Jesu Christi amore sunt incensi, ut pro illo mori non dubitaverint.»

la corona del martirio (1); y en el mismo pueblo, una inmensa multitud de paganos, que habian sido espectadores de la constancia de la jóven heroína, abrazaron el Cristianismo (2). Así era como Jesucristo convertia la ferocidad de los tiranos en atormentar á sus santas esposas, en mision de apostolado y en triunfo de su religion!

§ XIII.—Las santas viudas mártires.—Santa Felicitas y Santa Perpétua.—El triunfo que ésta alcanza sobre su padre.—Bella respuesta que aquélla da al verdugo, que le echaba en cara que no podia sufrir los dolores del parto.—Su actitud sublime en el anfiteatro, donde son expuestas á las fieras.—Perpétua cuidando de Felicitas, su esclava, como si fuese su hermana.—Felices efectos de su martirio.—Santa Sabina y Santa Teonila confundiendo á los tiranos.

La santa viudedad es una segunda virginidad, y muchas veces, y bajo cierto aspecto, es, dice San Ambrosio, aún más meritoria que la virginidad misma, porque la castidad de la viuda es más laboriosa que la de la virgen: *Laboriosa castitas (De viduis)*. Así es que, expuesta al martirio la viuda cristiana, no se ha mostrado ménos grande ni ménos admirable que la virgen cristiana, y la gloria de su confesion no ha sido ménos brillante ni ménos honorífica para el Cristianismo. Citarémos, pues, algunos ejemplos de estas viudas generosas, cuyo martirio está escrito con letras de oro en las *Actas de los mártires*, que son los diplomas auténticos de sus títulos á los homenajes de la tierra y á la gloria del cielo.

En primer lugar encontramos las santas viudas Felicitas y Perpétua, que confesaron la fe bajo el imperio de Séptimo Severo, en Thrabace, en África, no léjos de Cartago, de quienes Tertuliano habla en su libro *Del alma*, cuyo elogio hace San Agustín en uno de sus sermones, y en tres tratados citados por Posinio, que se han perdido, y cuyos nombres figuran en primer lugar en el catálogo de las santas mencionadas en el cánón de la misa.

Santa Felicitas era esclava; Santa Perpétua era una noble señora de un talento muy distinguido. Ella misma escribió la historia de

(1) «Quo tempore Maximini uxor et Porfirius belli dux carcerem ingressi, et ejudem prædicatione in Jesum Christum credentes, postea martyrio coronati sunt.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Quod miraculo, multi Christi fidem susceperunt.» (*Ibid.*)